ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

LOS DOS POLOS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

IMITACIÓN DE OTRO ITALIANO, HECHA POR LOS SEÑORES

DON PEDRO GÓRRIZ

Y

DON CALIXTO NAVARRO

SEGUNDA EDICION

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA

1890

18

LOS DOS POLOS

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

IMITACIÓN DE OTRO ITALIANO, HECHA POR LOS SEÑORES

DON PEDRO GÓRRIZ

Y

DON CALIXTO NAVARRO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA COMEDIA
la noche del 11 de Febrero de 1879.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia
3384

SEGUNDA EDICION

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, principal.

1890

PERSONAJES		ACTORES
ROSA.....	SRTA.	DOÑA CLOTILDE MENDOZA.
DOÑA EUSTAQUIA.....	SRA.	DOÑA CARMEN CALMARINO
PEDRO POLO.....	SR.	DON JULIÁN ROMEA.
PABLO POLO.....	»	» RAFAEL JOVER.
JAIME.....	»	» MARIANO LAHOZ.

La acción en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de D. EDUARDO HIDALGO, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

JULIAN ROMEA

Para Vd. fué escrito este juguete: Vd. le ha dado vida, y si en su resultado pudiera haber gloria, sería de Vd. también; por eso cumplen un grato deber al dedicárselo, sus buenos amigos,

Los autores.

720508

ACTO ÚNICO

Sala amueblada sencillamente. Al foro, puerta; otra á la derecha, en primer término, con portier, y otra en el mismo término á la izquierda. Á la derecha, en segundo término, mesa escritorio con libros, papeles y escribanía. Al lado opuesto, librería grande.

ESCENA PRIMERA

ROSA, DOÑA EUSTAQUIA y PABLO con algunos papeles en la mano.

EUST. ¡Cuéntelas!
PABLO. No; ¿para qué?
Ya supongo que estarán
cabales; y sin embargo,
para la formalidad
debida... (Va á la mesa y las cuenta.)
EUST. ¿Y usted, Rosita,
se divierte?
ROSA. La verdad,
no mucho. Con sus negocios
sólo se ocupa papá
de la Bolsa, las acciones,
los cambios...
PABLO. Justas están, (Volviendo.)
Son diez acciones del Banco,
y con estas diez, son ya
treinta las que en esta casa

llegó usté á depositar.

EUST. ¿Dónde mejor? Yo bien sé
sus dotes... (y capital.)

PABLO. Gracias por la confianza.
El recibo. (Dándosele.)

EUST. Bien está.
Y una vez que de negocios
hemos dejado de hablar,
¿qué hay de mi recomendado?

PABLO. ¿Recomendado? ¿De cuál?

EUST. De Pepe, de mi sobrino...

ROSA. ¡El que se quiere casar
conmigo!... (Riendo.)

PABLO. Ya, ya recuerdo.
Pues... nada...

ROSA. Dice papá
que no tiene condiciones
á propósito...

PABLO. Es verdad.

ROSA. (No sabe lo que me alegro
porque es más zoquete y más...)

EUST. ¿Pues, qué le falta?

PABLO. Le falta...
y eso no lo adquiere ya,
más juicio, sentido práctico,
dejarse de divagar
en tonterías, y hacer
algo por ganarse el pan.

EUST. Él trabaja; es literato.

ROSA. (Literato... ¡Cuando está
traduciendo folletines
que no se pueden mirar!...)

PABLO. Doña Eustaquia... en pormenores
no entremos, que sientan mal.
Yo no sé si es literato,
mas si lo fuese, quizá
no sería para mí
esa razón eficáz.
Yo no quiero soñadores
que canten al sol y al mar,
ni que forjando novelas
ó admirando un tulipán,

pasen la vida en ayunas
muriendo en un hospital.
Yo deseo un hombre práctico,
que en vez de poetizar,
trabaje y de día en día
aumente su capital.
Para letras, las de cambio
son las que me gustan más,
y no quiero otros librotes
que los de caja; cabal.

EUST. Pero...

PABLO. Además, que la niña,
según pude adivinar,
no gusta de él.

ROSA. Yo no he dicho... (Confusa.)

EUST. (Con despecho.)
La señorita estará
enamorada tal vez...

PABLO. ¡Quién, mi niña! ¡Qué ha de estar!
Es como su padre.

ROSA. (¡No!)

PABLO. Tiene ingenio natural,
y sólo con quien convenga
en casarse pensará.

ROSA. (Con quien me convenga á mí:
esa es la pura verdad.)

EUST. Le deseo mucha suerte.

ROSA. ¡Cómo! ¡Se marcha usted ya!

EUST. Sí; voy á ver á Pepito,
y á decirle, que pues dan
en preferir á la gloria,
el brillo del vil metal,
dirija sus pretensiones
á otro lado.

PABLO. Bien hará.

EUST. Que ustedes lo pasen bien
y que no haya novedad...
y que... ¡Abur! (¡Si no me voy
la visita acaba mal!) (Vase.)

ESCENA II

ROSA y DON PABLO

ROSA. ¡Se va enojada!...
PABLO. ¿A mí qué?
Doña Eustaquia pensará
que por treinta miserables
acciones, que vale más
el tiempo desperdiciado,
que el producto que ellas dan,
se le debe á toda costa
complacer sin más ni más!
Por fortuna yo soy claro
como todo hombre formal.
El dinero poco importa
en un hombre, cuando está
en condiciones precisas
para poderlo ganar.
Lo que quiero es hombres prácticos
en negocios... como Juan
el secretario que tuve
y murió dos meses há.
ROSA. ¿Y á propósito: esa plaza
la piensas amortizar?
PABLO. No; la tengo concedida.
ROSA. ¿Y á quién?
PABLO. ¡Qué curiosidad!...
Pronto vas á verlo, Rosa,
porque hoy se presentará
el agraciado. Un sugeto
de quien mi primo Tomás
me hace mil elogios.
ROSA. ¿Joven?
PABLO. Joven, sí; mas como acá
convienen; un hombre serio,
un práctico.
ROSA. (Un carcamal.
Sólo los que son así
le gustan á mi papá.)

PABLO. Es abogado; no ejerce
porque prefiere emplear
en el comercio su tiempo.
ROSA. (De fijo no se podrá
hablar siquiera con él.)
PABLO. Muy buen chico; y además,
que lleva nuestro apellido.
ROSA. ¿Es un pariente?
PABLO. No tal.
Yo soy asturiano, y él
es andalúz. Pero ya
va pasando la mañana,
y tengo que despachar
unas cartas; si ese joven
viniese, me llamarás,
¿entiendes?
ROSA. Tendré cuidado.
PABLO. Hasta luégo.
ROSA. Adiós, papá.
(Vase don Pablo por la derecha.)
(Será en vano, si es que viene;
yo ya tengo mi ideal.)

ESCENA III

ROSA

¡Un joven!... primera vez
que esto sucede en mi casa.
Quien de cincuenta no pasa,
por más que tenga honradéz
y sea listo, ¡pardiéz!
no sirve: son las edades
navidades
aquí, mas no primaveras.
¡Esto parece de veras,
museo de antigüedades.
Si la mala tentación
de enamorarme algún día
me diese, no encontraria
en casa á satisfacción.
Todos carcamales son;

y si éste que va á venir
á escribir,
es callado cual los bronces...
les digo á ustedes que entonces...
nos vamos á divertir.
Ya el estar me mortifica
entre fardos de cacao,
y canela, y bacalao;
pues, francamente, á una chica
de pocos años y rica
es justo que la hagan caso.
¿Pues acaso,
señores, yo soy tan fea?
Con el primero que vea
y que me guste, me caso.

ESCENA IV

ROSA y PEDRO

PEDRO. (Entrando.)
(Fuencarral, ciento sesenta,
inmediato á Chamberí,
una casa colorada
con cocheras y jardín...
No tengo duda ninguna
de que debe ser aquí.)
ROSA. ¿Quién?
PEDRO. (¡Dios mío!)
ROSA. (¡Es él!)
PEDRO. (¡Es ella!)
ROSA. (El que al salir de San Luis
me habló...)
PEDRO. (La niña hechicera
cuya imagen llevo aquí.)
ROSA. (Nada, lo dicho, me gusta.)
PEDRO. (¡Si fuera... qué porvenir!)
ROSA. (Pues como insista...)
PEDRO. (Me atrevo.)
ROSA. (Está cortado...)
PEDRO. (¡Á vivir!)

¿Habita aquí el señor Polo?

ROSA. Es mi padre.

PEDRO. Ya debí
sospecharlo.

ROSA. ¿Por qué causa?
¿Acaso?...

PEDRO. Por el perfil.

ROSA. ¿Nos parecemos?

PEDRO. ¡Oh, mucho!

ROSA. Pues no...

PEDRO. Yo nunca le ví,
pero deben parecerse
muchísimo... ¡Qué felíz
es don Pablo!

ROSA. ¿Por qué causa?

PEDRO. ¡Porque tiene un serafin
por hija!

ROSA. (Turbada.) Yo... caballero...
(Pues éste sabe decir...)

PEDRO. Desde ahora el mismo techo
nos cubrirá, y para mí
será una dicha...

ROSA. (No sé
qué hacer...)

PEDRO. (Con mi levitín
veterano, he dado golpe.
La chica se turba, sí.)

ROSA. ¿Es usté don?...

PEDRO. Pedro Polo.
Ponce Puente Paz y Piff;
el hombre de las seis *pes*,
como me han dado en decir.

ROSA. ¿Andalúz?

PEDRO. Justo; del Puerto.

ROSA. Otra P.

PEDRO. No tienen fin.
Mi padre nació en Peñón,
mi madre en Puente Genil,
mi hermano mayor en Palma
y en Pamplona el chiquitín,
Unos tíos de Pampliega
van en Palencia á vivir;

mi abuela está en Pontevedra
y mi padrino en París.
Pero por poco parece
que me preparo á pedir
paciencia para pintarle
mis parientes; no es así.
Pienso por pagar lo poco
que aquí puedo percibir,
pegar plumadas poniendo
papeles hasta en Pekín.
Su papá puede propicio
poner mis plantas aquí,
y usted, pagando mis penas,
preparar mi porvenir.

ROSA. (Pues el muchacho no es corto.
¡Qué hablador!

PEDRO. Soy infelíz,
por no tener un apoyo
que me saque de la lid
que con la suerte mantengo.

ROSA. ¿De veras?

PEDRO. ¡Claro que sí!
Pero ahora .. si don Pablo
me coloca... con vivir
en esta casa, con ver
esa fáz de querubín...

PABLO. Que las lleven al correo. (Dentro.)

ROSA. ¡Ay, papá!

PEDRO. Ya viene aquí.
(Formalidad y veamos
al que tengo que servir.)

ESCENA V

DICHOS y DON PABLO

Durante toda esta escena, Pedro manifiesta gran distracción y mira con frecuencia á la puerta por donde se va Rosa.

PABLO. Rosa, ¿por qué no me has dicho
que me aguardan?

PEDRO. ¿Para qué?...

ROSA. Acaba de entrar. ¿No es cierto,
caballero?
PEDRO. Cierto es.
(Parece que la muchacha
atrasa el relój.)
PABLO. ¿Cuál fué
el motivo que me causa
de su visita el placer?
PEDRO. No tal, el placer es mío.
PABLO. Mío...
PEDRO. No, perdone usté...
PABLO. Bien, mas...
PEDRO. Pues voy al asunto.
PABLO. El profesor de francés
vendrá pronto Vete, Rosa.
PEDRO. ¡Profesor! ¿Y para qué?
Yo me brindo, si usté quiere,
á enseñar...
ROSA. (¡Calla! ¡También
habla francés!)
PABLO. Caballero,
no entiendo...
PEDRO. Yo soy aquel
á quien don Tomás envía
recomendándole á usté
para una plaza...
PABLO. ¡De veras!
Me alegro mucho, ¡pardiez!
Me gusta su aspecto.
PEDRO. Gracias.
PABLO. Rosita, retírate.
Tenemos que trabajar...
ROSA. Abur.
PEDRO. Estoy á sus piés.
(Vase Rosa por la izquierda.)
PABLO. ¡Conque uste se llama Pedro!...
PEDRO. Pedro Polo.
PABLO. Yo también
me llamo Polo.
PEDRO. Ya estoy:
¡pero creo que usted es,
asturiano!

PABLO. Sí, señor.
PEDRO. Yo andaluz; de modo que
somos... los polos opuestos:
soy el Sur y el Norte usté.
PABLO. Es cierto. (Pues tiene gracia
y desparpajo.)
PEDRO. También
hay otro polo en mi tierra;
pero ese se canta
PABLO. (Sorpreudido.) ¡Qué!
PEDRO. ¿Conque la plaza?...
PABLO. Con ella
puede usté contar. Veré
si son justos los elogios
de Tomás.
PEDRO. Espero hacer
por merecerlos.
PABLO. Aquí
está su mesa y aquel
es mi despacho (Á la derecha.)
PEDRO. Corriente.
Usted dirá...
PABLO. Su deber
es ver la correspondencia,
y darme cuenta después.
Contestar lo que halle justo
y que yo le indicaré
á cada cosa; además
es de su incumbencia hacer
todo trabajo que exija
de la casa el interés.
PEDRO. Entendido.
PABLO. Á mí me gusta
la actividad.
PEDRO. Á correr
en el trabajo, hasta ahora,
ninguno me ha echado el pié.
PABLO. Me alegro. Por lo demás,
deseo, á más de honradéz,
sentido práctico, peso.,.
PEDRO. Estoy tan delgado que...
PABLO. Quiero decir, reflexión,

formalidad...

PEDRO. ¡Ah! Muy bien.

PABLO. Detesto á los aturdidos,
los soñadores... A fe
que no hay nada que me cargue
como eso.

PEDRO. Y hace usté bien.

PABLO. Conque... ya está dicho todo.

PEDRO. Si usté gusta, empezaré
desde luego.

PABLO. Por supuesto.
Al instante. Tome. pues,
las cartas de esta mañana
y examínelas usté
mientras vuelvo.

PEDRO. Así se hará.

PABLO. ¡Ah! Del sueldo...

PEDRO. Tomaré
el que usté me indique.

PABLO. No.
El sueldo son diez y seis
mil reales al año.

PEDRO. ¡Bravo!

PABLO. Si cumple, podrá ascender.
Conque hasta luégo; constancia,
formalidad y honradéz.

PEDRO. Vaya usté con Dios, don Pablo:
así se hará.

PABLO. Hasta después.
(Vase por el foro.)

ESCENA VI

PEDRO

Ya estoy en marcha,
soy rico ya;
soy secretario
particular
del señor Polo,
bien claro está
Por lo que he visto
sé que es el tal

un... mercachifle
de calidad.
Pero no importa;
su capital
es importante,
y hay que pasar
por algo, cuando
se quiere más.
Dejemos esto
y á atrabajar.

(Se sienta al escritorio. Coge varias plumas y distraidamente se las coloca detráz de ambas orejas.)

Dentro de poco,
quién me verá
haciendo cálculos
sobre la sal,
el aguardiente
ó el azafrán.

(Emborronando con la pluma, á rasgos, todos los papeles.)

y hacer balances
y preparar
algún negocio
piramidal
que preste tanta
utilidad,
que en él me asocie
mi principal;
y entonces, ¡claro! (Arroja las plumas.)
producirá
tantos millones
mi capital,
que seré rico
como un Nabab.
Tendré un palacio
ó dos ó más;
quintas y bosques
para cazar.
No tendrá nadie
necesidad,
pues á mi lado
pobres no habrá.

Ferrocarriles
se construirán
desde mi casa
hasta el Real.
Haré un empréstito
(que es de entidad,)
con el Gobierno,
y me dará
un mil por ciento
de utilidad. (Levantándose con entusiasmo.)
Como el Rey Midas,
todo será
oro delante,
oro detrás.
Que algún amigo
tronado está;
(Entusiasmándose cada vez más.)
que mis parientes
lo pasan mal;
que quiere alguno
solicitar
mis beneficios,
pues allá va (Arroja los papeles al suelo.)
Tome usted oro,
tome usted más... (Arroja los tinteros.)
Y por billetes
no ha de quedar. (Arroja los libros.)
Allá van duros
en un costal, (Sigue arrojándolo todo.)
y peluconas
á chorros van.
Y entonces todos
han de gritar,
satisfaciendo
mi vanidad:
(Dando voces y recorriendo la escena.)
¡Viva don Pedro!
¡Viva el que da
tanto dinero
sin vacilar!
Y seré célebre,
me erigirán

dos mil est átuas
cada ciudad.
¡Nada, la gloria,
la luz, la mar!...
Pues, ¡el diluvio!...
¡La inmensidad!...

ESCENA VII

DICHOS y ROSA, en seguida JÁIME

ROSA. ¿Qué hace usted? (¿Estará loco?)
PEDRO. Perdone usted... Trabajaba...
¿Cómo trabajar?
JAIME. Acaba
de llegar... ¿eh?
PEDRO. Poco á poco:
Á usted le podrá extrañar
este desorden...
ROSA. Á fe...
PEDRO. Pues tranquilícese usté.
Es que quería arreglar
la mesa.
ROSA. Mas... caballero...
el modo...
PEDRO. Muy llano y liso.
Para arreglarla, es preciso
desarreglarla primero.
JAIME. (¡Pues tiene gracia! No hará
viejos los huesos aquí.)
PEDRO. Á ver. ¿Eso es para mí? (Una cuenta.)
JAIME. Sí señor: abajo está
el que la trajo.
PEDRO. Pues voy,
con el permiso...
ROSA. Es muy justo.
PEDRO. Es una cuenta; la ajusto,
y en un santiamén estoy
á su lado. Es necesario
que hablemos...
ROSA. Mas...

PEDRO. Vuelvo solo.
¡Qué fortuna para Polo
hallar este secretario! (Vase por el foro.)

ESCENA VIII

ROSA, JAIME, luégo DON PABLO

JAIME. ¡Qué tipo! Y ha puesto bueno
el despacho... los papeles
rodando... los libros... Todo...
Ese mozo está demente.
ROSA. Jáime, tenga usted siquiera
más respeto hacia sus jefes.
Don Pedro es el secretario
de papá.
JAIME. Pues me parece
que no es crimen, señorita,
decir la verdad. Si viese
el principal el desorden...
ROSA. Basta: calle usté si puede,
y recoja y ponga en orden
esa mesa.
JAIME. (Casi veinte
años que llevo en la casa
para que así me maréen...
¡Por vida!...)
ROSA. ¿Murmura usted?
JAIME. No, señora. (Si pudiese...)
ROSA. (¿Qué me tendrá que decir?
La curiosidad me mueve
á esperar... ¿Pero... será
este paso conveniente?...)
PABLO. Olvidé las notas... ¡Ah!
¿Qué es eso?
ROSA. Que los papeles
se cayeron con el aire.
JAIME. Es que...
ROSA. ¡Basta!
PABLO. Calla, y vete.
JAIME. Aborrezco esta manera

de hacer callar á la gente. (Vase.)

PABLO. ¿Y el secretario?

ROSA. Bajó
á la caja.

PABLO. Mientras vuelve,
recogeré los apuntes...
¡Calla! Pues precisamente
esta carta es de mi primo.
(Cogiéndola de sobre la mesa.)
Tomás... y yo iba á ponerle
un despacho... ¿Cómo diablos
no la reparé?

ROSA. ¿Es urgente?

PABLO. Sí, la esperaba con ansia
para un negocio de pieles... (La abre.)
¡Caramba! Muy largo escribe,
cosa en él poco frecuente.
Voy á mi despacho á ver...
Debe ser grave... Que espere
lo demás. (Vase por la derecha.)

ROSA. ¡Qué fastidioso!
Y venir precisamente
cuando el otro...

ESCENA IX

ROSA, y PEDRO con la cuenta en el bolsillo.

PEDRO. Estoy de vuelta.

ROSA. ¡Me voy!

PEDRO. ¡Cómo! ¿Sin hacerme
el favor de oir?

ROSA. No puedo;
ha vuelto papá.

PEDRO. ¡El imbécil!

ROSA. ¿Qué dice usted?

PEDRO. Me distraje:
por decir, el excelente
¡señor! Mas yo necesito
hablarla.

ROSA. Pues no se puede

en este momento. Luégo...

PEDRO. ¿Palabra?

ROSA. (Vacilando.) Sí...

PEDRO. (Me parece
que esto marcha.) ¿Una esperanza
me da usted?

ROSA. Yo...

PEDRO. ¡Mientras vuelve!

ROSA. ¿Quién no alimenta esperanzas?

PEDRO. Un sí, un sí.

ROSA. ¡Qué impaciente!

PEDRO. ¡Rosa! ¡Rosa!

ROSA. ¡Adiós! (En voz baja.)

PEDRO. ¡Adiós!

(Vase Rosa por la izquierda.)

(Ya soy un banquero en ciernes.)

ESCENA X

PEDRO

Bueno; llegué, ví y vencí,
como dijo San Vicente,
ó Sócrates, ó Solón,
ó Frascuelo, ó Carlos siete;
no sé quién: pero ello, alguno
lo dijo.
(Se sienta y se prepara á escribir sin tintero.)
Á mí me conviene
esa muchacha, y á más
me gusta: por consiguiente
si no me caso con ella
no hay duda, soy un zoquete. (Pausa.)
¡Zoquete yo!... Pues apenas
tengo meollo y caletre
y... su capital es grande
y su padre es influyente.
Siendo su yerno... de fijo,
como á mí se me ocurriese,
me sacaba diputado
por seis distritos ó siete.
Y entonces... ¡Oh! la política
ha sido y será mi fuerte. (Levantándose.)

¿Ministerial yo? ¡Jamás!...
Á lo sumo, disidente.
No: de oposición; sería
de alguna fracción el jefe,
¡y qué discursos!... señores,
¡qué interpelaciones! Veinte
cada día... ¡cuánto escándalo!
Luchas con el presidente,
gritos y campanillazos;
pero yo, terne que terne.
(Durante este diálogo figurado, Pedro toma alternativamente el pueste de la mesa como presidente y otro como orador. Mucho movimiento.)
¡Pido la palabra!—Aplausos.
—Su señoría la tiene.
—Movimiento en las tribunas
que están rebosando gente.
—Yo: señores diputados,
el Gobierno que se atreve
á llamarse liberal
y como el nuestro procede,
ni es liberal, ni es Gobierno,
¡ni es nada!—Atención creciente.
—¡Inmoralidad en todo!
—Sensación.—Los intereses
materiales descuidados,
la tiranía se ejerce
en todas partes.—Aplausos.
—El comercio languidece,
la industria se va, señores,
y la agricultura muere.
¿Y todo por qué—Atención.
—Por un Gobierno imprudente,
que ciego y desatentado
al caos nos lleva siempre.
—Aplausos, voces protestas.
—La mayoría no debe
gritar, pues todos sabemos
que porque cobra consiente
esas cosas!—¡Que se escriba!
—¡Orden, señores!—Se mueve
el tumulto.—¡Llamo al orden

(Toca la campanilla.)
al señor Polo!—Aquí puede
el diputado decir
lo que crea conveniente.
—No señor.—Yo lo sostengo.
—Su señoría no debe...
—En cambio debe el Gobierno.
—El pueblo aplaude.—Despejen
las tribunas.—Alboroto. (Campanilla.)
—¡Yo sostengo!...—El incidente
se concluyó. No hay palabra.
—¡Cómo!—Y usía no espere
que le deje hablar.—Yo puedo
hablar; señor presidente.
(Sube sobre una butaca.)
Que se lea el reglamento,
artículo ciento nueve.
—¡Basta!—¡Tiranos!—¡Silencio!
(Sube sobre la mesa gritando y repicando la campanilla.)
Oir la verdad no quieren...
Retirémonos, señores,
(Sale don Pablo y se pára al verle.)
pero diciendo muy fuerte
que se aja á un representante
del país.—El presidente.
Señores, es mucha audacia
pretender sobreponerse
al Gobierno, ¿y cuándo, cuándo?
En el momento solemne
de hablarse de presupuestos
y de estudiar nuevas leyes.
¡Á la escuela!—Da vergüenza
mirar esos escabeles...
Me equivoqué... esos escaños...
Cuán olvidados los tienen;
al empezar la sesión
apenas éramos veinte,
y ahora somos uno, dos,
tres, cuatro, cinco, seis, siete...
¡Qué espantosa soledad!
¡Que baile!... (Fingiendo una voz atiplada.)

(Se queda con la campanilla debajo del brazo.)

ESCENA XI

DICHOS y DON PABLO con unos títulos del tres por ciento.

PABLO. ¡Perfectamente!
PEDRO. (¡Caramba! ¡Mi principal!...
¡Me cortó el hilo!) (Bajando de la mesa.)
PABLO. Pues tiene
usted bonita manera
de trabajar.
PEDRO. Sí... yo á veces...
PABLO. Ya le he dicho que no gusto
de soñadores; que debe
ocuparse en el trabajo
de su cargo solamente.
Yo quiero sentido práctico,
formalidad; y sin ese
requisito...
PEDRO. Señor Polo,
(Accionando con la campanilla. Advierte su distracción y la deja sobre la mesa.)
no extrañe usted que me deje
llevar... costumbres de foro
que pronto, seguramente,
dejaré. De un abogado
el perorar es el fuerte.
PABLO. Bien; mas espero que nunca
vuelva á suceder.
PEDRO. Corriente.
PABLO. Diga usted, ¿su abuelo estuvo
en Cuba?
PEDRO. Del veintinueve
al treinta y ocho.
PABLO. ¿Y en qué
se ocupó?
PEDRO. Comerció en pieles
(Arreglando la corbata á don Pablo.)
y en otras cosas. Yo sé
que era rico, mas reveses
de fortuna...

PABLO. ¿Era andalúz?
PEDRO. Montañés.
PABLO. Es suficiente.
PEDRO. ¿Pero, por qué lo pregunta?
PABLO. Por nada...
PEDRO. Pues me parece...
PABLO. Ya hablaremos. Por ahora
remita usted estos treses. (Dándoselos.)
al marqués de Prado-luengo,
y en acabando, conteste
á esas cartas, que yo pronto
volveré. (Pues razón tiene
Tomás... Con todo, es preciso
asegurar...)
PEDRO. Si usted quiere
decirme...
PABLO. Nada, no es nada:
enterarme solamente.
Quiero saber á quién tengo
en mi casa.
PEDRO. ¡Ya!
PABLO. No deje
de remitir al marqués
esos títulos.
PEDRO. Se entiende.
PABLO. Hasta luégo, señor Polo. (Vase.)
PEDRO. Señor Polo... Dios le lleve.
(Arruga los treses y se los guarda en un bolsillo del pantalón.)

ESCENA XII

PEDRO

El buen señor es un bolo,
pero á la verdad es fiel.
Sí señor, un polo es él
y yo soy el otro polo.
Nunca nos comprenderemos,
ni es posible que podamos
si por sitio opuesto vamos,
creer que nos encontremos.

Tiene dinero y no poco;
esa es mi razón mejor.
¿Es rico? Pues sí señor:
por fuerza es necio ó es loco.
Generalmente lo es
el que acumula interés. (Vase á la mesa.)
Vamos á mandar los treses
á ese dichoso marqués. (Levantándose.)
Y á propósito: si yo
con la chica me casara
y un título me colgara,
¿me vendría mal? ¡Cá! No.
Tiene el dinero eficacia,
pero le da mucha luz
un título, una gran cruz,
(Comienza á recortar una cruz de la cuenta que se guardó, y se la colocaba en el pecho con un alfiler.)
entrar en la aristocracía...
Nada, queda decidido.
Seré título, tendré
carretela, cabriolé
de coronas guarnecido.
Iré al Retiro guiando
un carruaje *comme il faut.*
ó tendido en un landó
ó un buen caballo montando. (Saludando.)
Y al paso saludaré
sin que su altura me empache,
á la condesa de Ache
y á la marquesa de C.
Y podré hablarles de tú
en confianza francota,
al baroncito de J,
y al vizconde de la Q.
Y me mimarán las bellas,
me tratarán como igual
X, S, general,
ó el ministro... tres estrellas. (Rápido.)
y el banquero C de P,
y el director de L ó eñe,
y por poco que me empeñe,

hasta el príncipe de T.
Y el té, bebida agradable
si se tiene indigestión,
pero que en la reunión
de la gente fashionable
es lo que da más reflejo;
los jueves se me dará
en las reuniones de la
presidencia del Consejo;
y porque sepan los ruínes,
la nobleza que me abona,
haré bordar la corona
en botas y calcetines.
Me trataré cual los frailes,
buena cama y mejor mesa;
tendré cocina francesa,
y daré *soirées* y bailes.
Habrá chuletas *dansant*,
y para evitar bochornos,
haré que me envíe Fornos
su soberbio *restaurant*.
(Dobla la levita para hacerla frac.)
Las damas recibiré
lleno de galantería,
y á todas... menos la mia
hechiceras hallaré.
(Coloca en círculo muchas sillas, y hace como que recibe y acompaña señoras, y se mezcla en diferentes corrillos tomando parte en todas las conversaciones: mucha animación y juego en este monólogo.)
—Tomen ustedes asiento!...—
—¿Qué tal, banquero, qué tal?—
—¿Cómo marcha ese canal?—
—Ayer bajó el tres por ciento.—
—¡Barón! ¡amigo!—¡Oh! ¡marqués!—
—¡General!... ¡Forte que forte!—
(Abrazándose á sí mismo.)
—¡Duquesa, usted es mi norte!
—¡Bella Enriqueta, á sus piés!—
—¡Hay crisis!...—¿Dimite al fin?—
—¡Piensan en nombrarle sub-

director!...—¿No va usté al club?—
—Me vió en el *esqueten rin.*—
—¡Oh, marquesa!... ¡Cuán dichoso
me considero!...—¡Señora!...
(Esta es un embajadora)
—¡Condesa, su rostro hermoso
me alegro mucho de ver!—
—¿Bailamos?—Vamos allá.—
—El conde se encargará
de bailar con mi mujer.—
Y entre el bullicio que asombra,
las sedas y los diamantes,
las blancas gasas flotantes,
volaré sobre la alfombra,
oprimiendo siempre así, (Posición de baile.)
un talle esbelto y gracioso,
y bailaré presuroso
de este modo... ¡Tiriri!
(Baila un vals por toda la escena.)

ESCENA XII

DICHO, DOÑA EUSTAQUIA, luégo DON PABLO por el foro y ROSA por la izquierda.

EUST. ¿El señor don Pablo, está?
PEDRO. Tiriri... Tiriri... (Bailando.)
EUST. (Bueno.
¿Quién es este botarate?)
PEDRO. Tiriri...
(Llega á doña Eustaquia, la coge y la obliga á bailar.)
EUST. ¡Jesús! ¿Qué es esto?
Suélteme usté.
PEDRO. Tiriri... (Bailando.)
EUST. ¡Éste es un loco! ¡Llamemos!
¡Socorro!
PEDRO. Cállese usté!
Tararí...
PABLO. ¡Cómo!
ROSA. ¡Qué veo!
PABLO. ¡Señor Polo!

PEDRO. (Deteniéndose.) ¡Voto va!
(Otra vez me sorprendieron.
Maldita cabeza mía.)
EUST. ¡Vírgen santa! ¡Me ha deshecho!
(Sentándose.)
No sé por qué, si está loco,
le permiten andar suelto.
PABLO. ¿Me podrá usted explicar?
PEDRO. (Pecho al agua Aquí me juego
el porvenir.) Señor Polo,
yo sé que no está bien hecho
perder la formalidad
de este modo, pero...
PABLO. Pero...
¿Pero, qué?
PEDRO. Yo diré á usté.
De la miseria en el seno
había sufrido tanto,
que al verme de ella á cubierto
por su generosidad,
el júbilo de mi pecho
fué tal, que al reflexionarlo,
de gozo loco me vuelvo.
No extrañe usté, pues, que baile,
que haga locuras y extremos.
He sufrido de tal modo,
que mi dicha apenas creo.
PABLO. ¿De veras? Eso me gusta.
Tener agradecimiento
es de nobles corazones.
PEDRO. ¡Oh! Lo que es en cuanto á eso...
(Se lleva la mano al corazón, y figura que se pincha con el alfiler de la cruz, arrancándose ésta.)
PABLO. Bues tranquilícese usté,
porque cesaron sus duelos.
Es usted rico.
PEDRO. ¡Yo rico!
PABLO. ¡Usted mismo!
PEDRO. No lo creo.
PABLO. Pues créalo usted... Mi padre
de las manos del abuelo
de usted recibió en la Habana

cuarenta mil ochocientos
pesos fuertes.

PEDRO. ¡Caracoles!
Me parecen muchos pesos.

PABLO. Vengo ahora de enterarme,
y sé que es á usté á quien debo
esa suma: por lo tanto,
ochenta y un mil seiscientos
duros, que le pertenecen,
para usted están dispuestos.

PEDRO. Pero... de veras, ¿no es broma?

PABLO. ¿Yo bromas? Jamás bromeo.
Me gusta el sentido práctico.

PEDRO. Ya... ya sé. ¿Luego yo tengo
un capital?...

PABLO. Respetable.

PEDRO. Pues... me ocurre un pensamiento.

PABLO. ¿Á ver?

PEDRO. Dejar en la casa
de usted los cuartos. Confieso
la verdad... lo que es á mí
no me da por el comercio.

PABLO. Gracias por la confianza;
pero permitir no debo...

PEDRO. Espere usted... esta niña,
la verdad, me tiene muerto,
y si usted me da su mano.
ya que me abunda el dinero,
se quedará todo en casa
y en paz; conque...

PABLO. Lo que es eso...
Si ella quiere...

ROSA. Yo...

PEDRO. Hable usted:
y pues ya nos conocemos
desde hace bastantes días...

PABLO. Vamos; ¿qué dices?

ROSA. Que... acepto.

PEDRO. ¡Bendita sea tu boca!
(Abrazando equivocadamente á doña Eustaquia.)

EUST. (¡Qué torbellino!) Pues vengo
por mis acciones.

PABLO. ¿De veras?
Las tendrá usted al momento.
En cuanto á tí... ya lo sabes;
sentido...

PEDRO. Práctico, pero...
Lo dicho: somos dos *polos*
y dos polos muy opueslos.
Una manera tan sólo
hay de evitarlo quizás: (Al público.)
un aplauso y juntarás
al uno y al otro polo.

FIN DEL JUGUETE

PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.